

Descendencias truncas en la Eneida: el caso de Dido y Eneas.

Por Loreto Casanueva Reyes*

Ciertamente en la *Eneida*, epopeya que Virgilio escribió entre los años 29 y 19 a.C., el tópico de la descendencia destaca por su profusión, especialmente en tres de sus doce libros: el Libro I comienza con la profecía de Júpiter, en la que le anuncia a Venus que la prole que generará Eneas a partir de su asentamiento definitivo en Italia se prolongará hasta César (y, con ello, hasta Augusto); en el Libro VI, Eneas desciende a los Campos Elíseos para conocer la raza que formará en el Lacio, desplegada mediante un gran desfile de héroes; el libro VIII se presenta como una suerte de álbum genealógico de la *gens Julia*: el escudo que Vulcano confecciona para Eneas contiene imágenes talladas de toda su estirpe. Es por eso que, en medio de una narración que constantemente reflexiona sobre la importancia de la descendencia para el establecimiento de una nación, resuena un episodio del libro IV, en el que Dido, al ser abandonada por Eneas, reclama la ausencia de un hijo de ambos que supliera su ausencia. A continuación, se reflexionará en torno a esta especie de paréntesis que aparece entre la turba de menciones a relaciones materno y (especialmente) paterno-filiales del poema, para concluir las razones por las cuales Dido levanta esta demanda y, especialmente, qué peso tiene la privación de este bien anhelado en la economía de la trama de la epopeya.

1. "Silentia ova"

El tema de la sucesión generacional es clave para el desarrollo de los eventos que se relatan en la *Eneida* y, a la vez, lo es también para la empresa que subyace a esta composición épica que con tanto afán solicitó Augusto: legitimar el imperio romano que fundó a través de destacadas figuras míticas e históricas que, en la epopeya, forman parte de su propio linaje. Sin embargo, y debido a la importancia de este tópico, su reverso, es decir, las descendencias trucas, cobra cierto relieve. Rescato en este sentido el uso que Columella, escritor romano de materias agrícolas que vivió durante el "siglo de Augusto", le dio a la palabra *silens*[1] en su obra *De re rustica*: "Nam post unum et vicesimum diem silentia ova carent animalibus, eaque removenda sunt, ne incubans inani spe diutius retineatur effeta" (Libro VIII, V-15), donde *silentia ova* son los 'huevos que aún no han sido incubados'. El valor sémico del silencio en este enunciado es la ausencia de ese motor vital que es la fecundación. Esta metáfora del crecimiento vegetal y animal bien puede proyectarse a las ideas relativas al hijo no engendrado y a la interrupción que puede sufrir el desenvolvimiento de una cadena familiar en la *Eneida*.

2. Silentes liberi

En la *Eneida*, el tópico de la descendencia trunca se presenta, por ejemplo, en el lamento de Andrómaca por la muerte de Astianacte (Libro II), el único hijo que tuvo de su enlace con el troyano Héctor y también en el relato de la muerte de Marcelo (Libro VI), sobrino y potencial heredero del trono de Augusto. En ambos pasajes, este tópico representa la suspensión de una sucesión generacional gloriosa e inserta una reflexión acerca del rol de la muerte en "el porvenir de un patrimonio

familiar y, a una escala mayor, el destino de una nación"[2], troyana, en el primer caso, y romana en el segundo, debido a la raigambre social de los miembros involucrados. Este rasgo es clave para comprender el episodio de Dido y Eneas que analizaremos en esta presentación.

Según lo relatado en los libros II y III de la epopeya que nos convoca, Eneas ha arribado a Cartago arrastrado por una tormenta, tras una extensa y accidentada travesía por el mar Mediterráneo. En la corte de la reina Dido, Eneas y sus compañeros encuentran refugio, a siete años de su exilio de Troya. Cartago es una ciudad emergente, y en ese marco la llegada de Eneas será fundamental, pues ayuda a Dido a construirla y administrarla, interrumpiendo con ello su propia empresa, que es arribar al Lacio y fundar en ella una raza que restituya a Troya. Pero Dido y Eneas también se han enamorado. Venus transfiguró a Cupido en Ascanio, hijo de Eneas, para que al abrazar a Dido éste le insuflara amor por el héroe troyano. A ello se suma la consumación de su amor y la celebración de su himeneo, sucesos acontecidos cuando ambos buscaban resguardarse de una tormenta tras salir de caza, situación que fue gatillada por Venus y Juno, para poder establecer una alianza eterna entre ambos pueblos. Por su parte, Júpiter se encandaliza, ya que la relación amorosa entre la reina cartaginesa y Eneas congelaba la misión de éste último, por lo que envía a Mercurio a increparlo: "¿Conque es posible, Eneas, que te esfuerces/ en elevar los muros de Cartago, / y, esclavo de caprichos mujeriegos, / así hermo seas la ciudad ajena?/ ¿Y entre tanto, infeliz, aquí abandonas/ tu reino y tus altísimos destinos?"[3]. Este reproche divino hace que Eneas recapacite y determine reemprender su viaje en busca de Italia después de su larga estadía en Cartago. Al enfrentarse a Dido de la mano de su decisión, ésta intenta convencerlo de que se quede con ella mediante tres argumentos: el amor que sienten recíprocamente, las condiciones climáticas

adversas para reiniciar el periplo y el riesgo que Cartago corre de ser invadida por sus enemigos. Previendo la negativa de Eneas a su petición, Dido agrega que la existencia de un hijo de ambos suavizaría la angustia de perderlo, supliría su ausencia: “saltem si qua mihi de te suscepta fuisset/ ante fugam suboles, si quis mihi paruulus aula/ luderet Aeneas, qui te tamen ore referret,/non equidem omnino capta ac deserta uiderer” (Libro IV, vv. 327-330). Cito la traducción que hizo el intelectual chileno Egidio Poblete de estos versos: “Si de tu amor alguna descendencia/ me quedara siquiera, si en las aulas/ de mi triste mansión viera jugando/ algún pequeño Eneas, que en su rostro/ me recordara el tuyo, ya tú ausente, / ¡oh!, entonces, en verdad, no me creería/ miserable cautiva abandonada”[4]. La respuesta de Eneas es sólida: por el bien de sus compañeros, por la memoria de su padre Anquises que, como Mercurio, le reprochaba en sueños el estar entrampado en Cartago, y por el futuro de su hijo Ascanio, en resumen, por la tarea divina que se le había encomendado, volvería al mar para buscar la tierra prometida.

El contraste que se establece entre la reacción de Dido al despedir a Eneas y Ascanio, y la de Creúsa al despedirlos tras la caída de Troya, es patente. Creúsa acepta con entereza el exilio de sus familiares, gestionado y avalado por los dioses: “. . . el destino/ no te deja llevar por compañera/ a Creúsa, y tampoco lo permite/ Jove, domador del alto Olimpo. / Tú habrás de padecer largo destierro, / y habrás de navegar muy luengos mares, / y llegarás a la opulenta Hesperia . . .”[5]. Creúsa no solo impulsa a Eneas y su hijo a emprender su viaje fundacional, sino que también admite que, para que ésta se lleve a cabo, Eneas deberá unirse con otra mujer, Lavinia, princesa del Lacio: “allí has de hallar sucesos favorables/ prósperos reinos y real esposa: / enjuga ya las lágrimas que viertes/ por tu amada Creúsa”[6]. La demanda de Dido es, entonces, ciega y egoísta. De hecho, uno de los

argumentos que Eneas esgrime contra Dido para defender su partida es la necesidad que tiene su pueblo de asentarse en un espacio propio: “Si a ti, que eres nacida en la Fenicia, / te es grato vivir entre los muros/ de tu Cartago . . . /¿por qué les niegas a los teucros, Dido./ que labren su mansión en tierra ausonia?”[7]. Volviendo al contraste entre Creúsa y Dido, éste intensifica el carácter en extremo pasional de Dido, sordo a los designios divinos que orientan a Eneas, como señala María Luisa La Fico: “la reina no acepta el orden establecido por Júpiter y aun cuando ese orden se le hace evidente e inamovible, intenta modificar[lo] . . . , recurriendo al auxilio de las potencias del Averno”[8] queriendo levantar con ello una maldición contra el futuro troyano que incluye, entre otras condenas, la pérdida de Ascanio, hijo de Eneas: “si ha dispuesto el destino que ese hombre/ llegue al puerto y las tierras prometidas,/ . . . que, a lo menos, se vea combatido/ de un pueblo audaz en implacable guerra,/ sin piedad arrojado de su reino/ y arrancado a los brazos de su hijo”[9]. Como a ella se le ha vedado ser madre de un hijo de Eneas, le desea a este hombre que pierda al suyo.

Como comenta Dulce Estefanía, el reclamo de Dido “expresa el deseo insatisfecho de maternidad . . . y la tensión a la que somete al héroe haciéndole de nuevo presente la ingratitud y traición a la que se ve obligado. En relación con el ansia de maternidad, Puccioni dice que Virgilio hace expresar a Dido un deseo totalmente femenino y el llanto por no haber tenido un hijo de Eneas”[10]. Si bien lo que señala Puccioni es cierto, pues Dido declara su anhelo genuino de ser madre y, como puede deducirse a partir de los versos comentados, un hijo sería una especie de puente para mantener un perpetuo enlace con Eneas, me parece que su declaración es mucho más trascendental y atiende al contexto sociopolítico de Cartago y a la función que tienen, especialmente, los hijos de sexo masculino en la perpetuación de un linaje. Como decíamos anteriormente, Dido y su reino se ven

amenazados por la presencia de dos enemigos. De ahí que Ana, su hermana, viera en Eneas un potencial defensor de su ciudad, como afirma Nicolás Cruz: “Cartago . . . estaba amenazada desde el exterior por la Fenicia natal, donde residía Pigmalión, su hermano y asesino de Siqueo, el primer marido de Dido . . . Pero lo estaba también desde el territorio mismo de África, ya que los reyes vecinos, especialmente Yarbas el mauritano, la reclaman en matrimonio . . . La partida de Eneas implicaría que se consumase la dependencia de la ciudad a los reinos vecinos” [11]. En este sentido, la maternidad se erige como un acto político: no olvidemos que estamos en presencia de un discurso épico, que pone de manifiesto la pugna entre dos o más fuerzas por el dominio de un espacio que puede ser geográfico, simbólico, valórico, etc., que es decisivo para el establecimiento de, por ejemplo, una nación.

Según La Fico, el lamento de Dido “es la voz de la oposición, de la resistencia. Los motivos que la movilizan y a los que se aferra (pasión amorosa, sentimientos personales) están destinados al fracaso en la trama narrativa”[12]. Y es que la narración de la epopeya focaliza en Eneas, líder del pueblo troyano, por lo tanto, su empresa es de índole romana, no cartaginesa, por lo que a él no le compete defender Cartago, sino fundar su propia ciudad, especialmente porque, siguiendo a esta misma autora, en “la *Eneida*, la voz dominante y triunfante es la voluntad de Júpiter y el cumplimiento inexorable del hado. Las ‘otras voces’ se hacen oír a través de personajes como Dido, Turno, Amata, las madres troyanas, entre otros”[13] sin que estas voces puedan ejercer cambios en tales designios celestes.

3. La “Carta de Dido a Eneas” de Ovidio y la maternidad interrumpida

La “Carta de Dido a Eneas” es uno de los poemas elegíacos contenidos en la obra *Las Heroídas*, de Ovidio, que data de la última década del siglo I a.C. En este compendio epistolar, asistimos a las quejas que heroínas enamoradas, pertenecientes a diferentes ciclos míticos, expresan hacia sus seres amados.

Esta carta reelabora de manera mucho más dramática el pasaje de la *Eneida* que hemos estado comentando y, para efectos de nuestro análisis, nos centraremos en los versos 133-138 de la misma donde, a diferencia del reclamo expresado sobre su deseo maternal insatisfecho, Dido le sugiere a Eneas ya estar embarazada de él: “Forsitan et gravidam Didon, scelerate, relinquo, / parsque tui lateat corpore clausa meo. / Accedet fati matris miserabilis infans, / et nondum nati funeris auctor eris, / cumque parente sua frater morietur luli, / poenaque conexos auferet una duos”. La traducción de estos versos es de Diego de Mexía: “Por ventura también dejas preñada, /Oh ingrato, a Dido; porque prenda tuya/ Bulle en mi vientre, donde está encerrada. / Y porque de la muerte no rehuya, /sin ser nacido el miserable infante/ se allega al hado de la madre suya. / Autor serás (que al mal lo eres bastante)/ de la muerte de un hijo no nacido/ y que no ha visto al cielo rutilante”[14].

Es posible deducir que, como en la *Eneida*, el suicidio es la única solución que Dido encuentra para acabar con el sufrimiento que le produce la partida de Eneas y la carencia de un hijo suyo. Sin embargo, si en la epopeya virgiliana un hijo significaba, en un primer nivel, un consuelo, en esta carta no solo sería una “prenda” de su amor, sino que su potencial existencia agrava la “traición” de Eneas y lo convierte en un parricida.

4. Lavinia: engendrando el Lacio

Tras el análisis de estos dos pasajes, uno de Virgilio, el otro de Ovidio, podemos concluir que el abandono que sufre Dido y su posterior suicidio son fundamentales para la economía narrativa de la *Eneida*: si Eneas no deja Cartago, se expone al aplazamiento indefinido de la fundación de Roma que ha de propulsar y, probablemente, a formar una familia con la reina fenicia, hechos que no se condicen con el destino que Júpiter ha trazado para él y los troyanos, que es arribar al Lacio, matar al rey Turno, pretendiente de Lavinia, hija del rey Latino, y engendrar una prole póstuma con ella, que se inicia con Silvio Eneas. A este respecto, es iluminadora la siguiente idea señalada por Ellen Oliensis: “la épica fundacional de Virgilio se enfoca en la reproducción familiar . . . Lavinia encarna el territorio donde Eneas ha de plantar la semilla de su nueva ciudad”[15]. De ahí que el suicidio de Dido sea tan elocuente respecto del sustrato sociopolítico de esta epopeya, donde “se da muerte a sus más visibles y poderosas mujeres (Dido, Amata, Camila), preservándose a Lavinia como un instrumento de reproducción dinástica”[16]. La descendencia trunca de Dido y Eneas permite que la misión fundacional del héroe troyano sea efectuada sin contratiempos, despejando el camino para la generación de una descendencia a través de este otro personaje femenino que ha sido destinado para ello. En este caso, el *silens ovom*, el ser no engendrado, es el elemento que, aunque suene paradójico, permite la gestación de una nueva nación en la *Eneida*.

* Loreto Casanueva Reyes es Licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas, mención Literatura, Universidad de Chile. Magíster © en Literatura, Universidad de Chile. Profesora del curso “Literatura Universal Antigua y Medieval” de la Facultad de Educación y Humanidades de la Universidad Andrés Bello.

* Este trabajo fue leído en el XII Encuentro Internacional de Estudios Clásicos “Naturaleza y sentido del silencio en la Antigüedad clásica”, realizado los días 7, 8, 9 y 10 de noviembre de 2011, Centro de Estudios Clásicos *Giuseppina Grammatico Amari*, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Fue modificado parcialmente para su publicación.

[1] En el marco de un Congreso de Estudios Clásicos cuyo eje temático se titula “Naturaleza y sentido del silencio en la antigüedad clásica”, justifiqué a través de esta referencia la presencia de mi trabajo.

[2] Reed, J. D., *Virgil's Gaze: Nation and Poetry in the Aeneid*, Princeton University Press, Princeton, 2007, p.149 (traducido por mí desde el original: “the prospects of a family stock and, on a larger scale, the fate of a nation”).

[3] Virgilio, *La Eneida*, trad. de Egidio Poblete, eds. Nicolás Cruz y Antonio Arbea, Editorial Universitaria, Santiago, 2010, p.138.

[4] Virgilio Op. cit., p.139.

[5] Virgilio Op. cit., p.101.

[6] *Ibíd.*

[7] Virgilio Op. cit., p.140.

[8] La Fico Guzzo, María Luisa: “Eneida 4. Estatismo y movimiento, orden cósmico y desequilibrio”. *Espacios simbólicos en la Eneida de Virgilio*. Editorial de la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 2005, p.107.

[9] Virgilio Op. cit., p.146.

[10] Estefanía, Dulce: “Sobre la interpretación de Virgilio, *Aen. IV 110-112*, y las *Interpretationes Vergilianae* de Tiberio Claudio Donato”. *Cuad. Filol. Clás. Estudios Latinos*, 1998, n° 15, p.145.

[11] Virgilio, op. cit., p. 131 (“Introducción Libro IV”).

[12] La Fico, op. cit., p. 107.

[13] La Fico, op. cit., pp.116-117.

[14] Ovidio, “Carta de Dido a Eneas”, *Las Heroidas*, Librería de los Sucesores de Hernando, Madrid, 1909, p.111.

[15] Oliensis, Ellen, “Sons and lovers: sexuality and gender in Virgil’s poetry”, *The Cambridge Companion to Virgil*, Part 4, ed. Charles Martindale, Cambridge University Press, Cambridge, 2006, p. 309 (traducido por mí desde el original: “Virgil’s foundational epic focuses on familial reproduction . . . Lavinia embody land where Aeneas may plant the seed of his new city”).

[16] Oliensis, op. cit., p.310 (traducido por mí desde el original: “kills off its most visible and powerful women (Dido, Amata, Camilla) while preserving Lavinia as an instrument of dynastic reproduction”).

Para citar este artículo:

Casanueva Reyes, Loreto, “Descendencias trucas en la Eneida: el caso de Dido y Eneas”, *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, ISSN 0718-7246, vol. 5, Santiago, 2013, pp.40-49